En La Casa



Kevin Pérez Alarcón



Círculo Rojo
EDITORIAL

Por fin me despierto. Qué bien he dormido. A pesar de irme a la cama a las tantas he podido descansar. Gesticulo de manera poco ortodoxa para bostezar y me desperezo a la vez. Anoche lo pasamos genial. Recuerdo la cara que puso mi tío cuando recibió mi regalo. Sus palabras de agradecimiento no maquillaron su desagrado. Un libro de Historia. ¿No se me ocurrió nada mejor? Sabía que le gustaba ese género. Muchas veces lo había visto mirando documentales, pero no sabía que odiaba leer. Me lo contó mi tía después de la cena. Debí de haberle preguntado a ella antes de comprar cualquier cosa. Lo conoce mejor que nadie.

La velada fue fantástica. Muchos amigos nos acompañaron. Mis dos primos y yo fuimos los que nos animamos a cantar en el salón delante de todos. Fue divertido.

Como mi prima Graciela al principio no se animaba, yo fui la primera en coger el micro del karaoke. Al escucharme, no se lo pensó dos veces y se unió a la fiesta. Entre nosotras tenemos una relación bastante afectiva. Hablamos mucho y cuando podemos siempre estamos juntas. Nuestra complicidad se debe a que tenemos una edad similar y compartíamos el mismo círculo de amistades en mi país.

Tengo sueño, me dirijo a la cocina. Todavía es muy temprano y el único que está despierto es mi primito José. Está desayunando galletas de chocolate y un batido de vainilla. Es muy pronto y tiene la tele puesta. A sus nueve años de edad ya está enganchado a las series, especialmente a las de Netflix.

—Buenos días, José, ¿qué tal has dormido?

—Muy bien. He soñado que era el protagonista de *Trollhunters*. Me encontraba un amuleto y me iba a un mundo muy chulo lleno de monstruos. ¡Ha sido una pasada!

—Vaya por Dios. Ves tanto esa serie que hasta sueñas con ella —le espeto divertida mientras le paso la mano por la espalda cariñosamente—. ¿Desde cuándo estás despierto?

—Desde hace poco… —contesta de manera titubeante. Sus ojos entreabiertos, llenos de ojeras, me hacen pensar que lleva aquí desde antes de salir el sol.

De pronto, aparece mi tío. Va descalzo y lleva un pijama de rayas azules y blancas que le va algo corto de la parte de arriba, como si se le hubiera encogido en la lavadora.

—Buenos días, José, buenos días, Helen —dice con entusiasmo y una gran sonrisa.

—Buenos días —respondemos al unísono.

—Helen, ¿no desayunas nada? Ayer por la tarde compramos esos cruasanes de mantequilla que te gustan tanto. Están en la despensa.

—No me digas. Con lo que me apetecen… Hace días que no los como. Muchas gracias, tío.

—De nada, debo salir. Tengo cita con el mecánico en quince minutos. Por fin me arreglaron la avería del coche. ¿Podéis sacar vosotros a Toby?

—¡Sí! —afirma mi primo José alzando los puños al aire.

—De acuerdo. No creo que Graciela y María tarden en despertarse. Cuando se levanten decidles que estoy en el mecánico, que volveré en cuanto pueda. ¿Vale, Helen?

Parece algo inquieto. Como si estuviera preocupado por algo. No creo que sea por lo del coche, normalmente no se pone nervioso por estas cosas. Además, ya está arreglado.

—Sin problema tío, vete tranquilo.

Después de desayunar vamos a buscar al grandullón en el jardín. Se encuentra tumbado. En cuanto nos escucha se levanta de golpe y se pone delante de nosotros con la lengua fuera esperando a que lo saquemos. Es muy obediente cuando está en casa. Sin embargo, en la calle parece otro. Resulta dominante

con los otros perros. Es un mastín italiano, de pelaje corto y amarronado.

Después de pasear a Toby volvemos a casa y mi tía me dice que quiere hablar conmigo de algo importante que tiene que ver con un trabajo. Estoy muy interesada. Me cuenta que está algo lejos de aquí, de Tarragona. Forma parte de la provincia de Barcelona, en las afueras de un pueblecito situado en la Cataluña Central, nombrado El Pont de Vilomara.

Es la primera vez que lo escucho. Nunca he vivido en otro lugar de España que no sea aquí en Tarragona con mis tíos. Hace ya tres años decidí viajar desde Honduras para visitarlos y pasar unos días de vacaciones. Reservé una habitación en un hotel cerca de la Costa Daurada para una semanita porque me dijeron que era la única manera que tenía de poder ir. Al llegar, me gustaron tanto el clima, las playas, la comida y el ambiente que decidí quedarme a vivir. España es maravillosa. Mis tíos me acogieron muy amablemente. Se portaron conmigo como si fuera una hija más. No pusieron ni una sola pega cuando les propuse la idea de quedarme un tiempo, buscar trabajo e independizarme más para delante.

No echo en falta demasiadas cosas de mi país de origen. Mi padre, por desgracia, se largó cuando nací y no supimos nada más de él. No quiso saber nada del asunto y prefirió quitarse de en medio. Nunca he entendido por qué lo hizo, pero no me siento dolida porque no he llegado a conocerlo, por tanto no tengo sentimientos hacia él. Si algún día decidiera ponerse en contacto conmigo yo no querría saber nada. Estoy segura de que no le cogería las llamadas. Lo que hizo es de ser un hombre muy cobarde y no me apetece perdonarlo. Me hubiera gustado tenerlo a mi lado desde pequeña y, como no ha sido así, pues que así siga.

Mi madre, en cambio, sí que ha estado conmigo, aunque no de manera constante. Siempre tuvo problemas con las drogas. De

pequeña tuve que vivir momentos bastante críticos, de angustia, que no son beneficiosos para ningún niño.

Recuerdo una vez en la que yo estaba intentando dormir en mi habitación y ella comenzó a discutir de manera violenta con una pareja que tuvo. Escuché gritos, insultos, incluso golpes. Creo que llegaron a las manos. No sabía dónde meterme. Solo podía taparme los oídos con la almohada, lo hacía con todas mis fuerzas intentando que pasara todo cuanto antes.

Mi madre me quería y seguramente me siga queriendo. Sin embargo, no fue capaz de sobrellevar la situación. Tener una niña es una responsabilidad muy grande y se necesita una vida equilibrada para poder criarla y educarla en buenas condiciones. Después de varios intentos por parte de los servicios sociales de separarla de mí, ella decidió dejarle la custodia a mi abuela. Ya no podía luchar más contra su adicción. Pese a que algunas personas querían ayudarla a desintoxicarse, su gran orgullo y no reconocer que tenía un problema ponían las cosas aún más difíciles.

Yo en ese momento solo quería ser una niña feliz. Con solo cinco añitos lo último que necesitaba era vivir con todo eso que me rodeaba: drogas, maltratos, violencia…, un entorno desestructurado que no me iba a favorecer nunca. ¿Cómo iba a ser mi futuro? Incierto.

Lo mejor que me pasó fue quedarme con mi abuela. Una persona entrañable, con unos valores que me inculcó y que ahora tengo, pues me hacen ser la persona que soy. Me dio todo su amor y cariño. Jamás se separó de mí. Estuvo conmigo desde el primer día que llegué hasta que decidí buscarme un piso en Tegucigalpa para continuar mis estudios de Medicina. Seguíamos manteniendo el contacto. Todos los domingos cogía un autobús que salía a las siete de la mañana para ir a verla. Era la persona más especial en mi vida y lo sigue siendo. Hace tres años que no la veo y la echo mucho de menos. Espero que se cumplan los pronósticos y que pueda venir a finales de este verano. Tengo muchas ganas de abrazarla y de tenerla

cerca otra vez, aunque sea solo por una temporada, ya que me dijo que volvería a Honduras de nuevo.

—Acompáñame, Helen. Vamos al salón, te daré más detalles —me dice mi tía mientras se coloca un mechón de su larga melena por detrás de la oreja.

La sigo con curiosidad, me pregunto cómo será el trabajo. De momento solamente conozco la ubicación. No tengo inconvenientes en trabajar en cualquier cosa. No me importa de qué se trate. Ahora mismo lo único que necesito es ganar dinero. Llevo varios meses siendo la mantenida de mis tíos sin aportar ni un centavo y eso quiero que cambie cuanto antes, no me gusta que me lo tengan que pagar todo. Ya tengo veinticuatro años y puedo valerme por mí misma. A pesar de ser tan joven tengo experiencia en varios sectores. He sido camarera en mi país, ayudante de cocina, cajera de supermercado y también he colaborado en las recogidas de café en las cosechas de mis abuelos.

A pesar de los problemas que ha habido en nuestra familia, nunca nos ha faltado de comer gracias a las hectáreas de cosechas de café. Cuando mi abuelo murió, hace ya diecisiete años, en el testamento dejó parte de su herencia a sus cuatro hijos; a dos tíos míos que viven en Honduras, a mi tía María, la que está aquí en Tarragona, y a mi madre.

—¿De qué trata el nuevo trabajo, tía?

—Te cuento, ¿recuerdas a tu amiga Ruth, la que vivía en la casa de al lado?

—Sí, claro. Teníamos una bonita amistad. Solíamos pasear por la costa los domingos, incluso, la invitamos a cenar varias veces.

—Exacto, pues se puso en contacto conmigo. Me dijo que no pudo escribirte directamente a ti porque perdió tu número.

»Se ve que ha cambiado de trabajo, se ha ido a otro que le pagan más. Me preguntó si querías ocupar el lugar que ella dejó vacante. El trabajo consiste en cuidar a un señor mayor en una casa que está en el campo. Estarías como interna y librarías un día a la semana.

—Me parece bien. Nunca he trabajado cuidando a personas mayores, lo tomaré como un reto. Seguro que me gustará. Además, siempre he querido vivir en una casa en el campo. ¿Qué labores deberé hacer allí?

—Seguro que sí. No lo sé, Helen. ¿Por qué no se lo preguntas directamente a Ruth? Ella te lo explicará con todo lujo de detalles. No me queda batería en el móvil, lo tengo cargando en mi habitación. Más tarde busco su número y la llamas si quieres —añade dándose la vuelta y levantando la mano como si tuviera algo que hacer.

—Claro. Cuando puedas, tía. Después la llamo.

Por fin una nueva oportunidad. La última vez que trabajé fue en un restaurante como ayudante de cocina. No ganaba mucho, pero me gustaba. La cocina es entretenida.

Siete meses estuve en el lugar. Situado cerca de la playa, las terrazas se llenaban de gente joven y despreocupada. Tenía muy buena sintonía con los cocineros, preparábamos platos combinados, tapas, bocadillos y postres. No estaba mal, hasta que llegó el hermano del jefe. Me molestaba, me agobiaba. Incluso me llegó a acosar. Se acercaba demasiado a mí con una mirada intimidadora y me decía que estaba muy buena prácticamente todos los días. Lo estuve aguantando hasta que un día me tocó el culo y dije basta. No iba a soportar más atrevimientos por parte de ese personaje. Estuve a punto de denunciarlo, si no fuera porque me pidió disculpas después, lo habría hecho.

En estos últimos tres meses he dedicado mi tiempo en dejar currículums. He hecho varias entrevistas, pero no ha habido suerte. En algunos lugares no me han aceptado por falta de documentación. Todavía no llevaba el tiempo suficiente aquí para que me pudieran hacer un contrato laboral. Hasta pasados los tres años en el país no podía disponer de ese documento. Es un requisito imprescindible para solicitar el DNI y así tener la opción de trabajar de cualquier cosa o estudiar. Me gustaría re-

tomar los estudios algún día, espero que más adelante tenga la oportunidad.

Mi prima, Graciela, por fin se levanta. Se dirige al salón, donde nos encontramos mi primo José y yo viendo la tele. Sigue con cara de sueño. Alza los brazos y los estira mientras dice:

—Buenos días.

—¡La bella durmiente se ha despertado! —grita José con una sonrisa burlona.

—¡Ay, cállate niño! —Le responde enfadada—. ¿Qué tal, Helen?

—Muy bien. Tengo una oferta de trabajo. Me lo acaba de decir tu madre —digo levantándome ligeramente del sofá y encajándome las dos manos.

—Cuánto me alegro por ti. ¿De qué trata?

—Consiste en cuidar a un señor mayor en una casa en el campo situada en un pueblo que se llama El Pont de Vilomara. De momento es todo lo que sé.

Enarca las cejas, parece que tiene curiosidad. Sabe que nunca he trabajado cuidando a gente mayor, que será algo nuevo para mí.

—Suena bien, eh. Una casa en el campo, qué guay.

—Sí, estoy muy entusiasmada y eso que aun ni siquiera he confirmado si voy a ir.

—Seguro que te encantará.

—Gracias, prima.

Vuelve mi tío del mecánico, se le ve satisfecho. Nos cuenta que ya le pudieron cambiar el motor de arranque y que, por fin, podremos volver a hacer esos viajes inolvidables en su Kia Proceed de color blanco.

El último lugar que visitamos en familia fue el Anfiteatro de Tarragona, un lugar impresionante. Antiguamente realizaban todo tipo de espectáculos allí: representaciones teatrales, luchas entre gladiadores y cacerías de animales. Está situado cerca del

mar y eso aún lo hace más bonito. Fue gracioso ver a mi primo sentado en una de las gradas intentando imitar a un gladiador. Cuando mi tía comenzó a reírse a carcajadas nos contagió a todos.

Pasamos toda la mañana allí, después quisimos ir a tomar algo y cuando nos dirigíamos hacia las calles principales para buscar aparcamiento, de pronto, se le paró el motor al coche.

Nos quedamos prácticamente en medio de la carretera con todas las luces apagadas. No se podían encender de nuevo. Mi tío estacionó como pudo, introduciendo algo más de medio coche en un aparcamiento cerca del centro, y pudo llamar al seguro para que enviara una grúa. Tuvimos que volver a casa en taxi.

Mi tío nos propone de manera improvisada pasar el día en la playa y comer en algún restaurante cerca de la costa. Estamos todos de acuerdo. No es la primera vez este verano que vamos, sino la tercera. Es agosto y el agua tiene buena temperatura. Seguramente nos bañaremos, al menos yo. Hoy hace un calor insoportable.

Decidimos ir a la playa de Cunit, es bastante tranquila. No suele haber mucha gente y el aparcamiento se encuentra cerca de la arena. Es perfecta para mi primo, ya que no sabe nadar y el agua cubre por la cintura hasta pasados bastantes metros desde la orilla. Nos llevamos lo básico: toallas, crema, una sombrilla y, por supuesto, bañadores.

Llegamos, son las once y media de la mañana, hay pocas personas en la arena y en el agua. Mi primo se quita las sandalias y corre hacia las olas como si fuera la primera vez que ve el mar, está feliz, entusiasmado, con la alegría propia de un niño. Hoy cambio de planes en su vida vacacional. Nada de series, ni de jugar a la Play. Le irá bien despejarse un poco, a mis tíos también. Este verano no han cogido vacaciones y suelen trabajar bastante. Mi tía es una empresaria de éxito, tiene su propia oficina en Reus. Dirige a varios trabajadores en el sector económico. Mi tío es agente comercial y se le da muy bien el oficio. Suele hacer

muchas pólizas de seguro médico, del hogar, de automóvil, de vida, etc.

Son muy trabajadores y buenas personas. Nunca podré dejar de agradecerles todo lo que han hecho por mí. Me acogieron desde el primer día y me dieron todo lo que tenían. Hacen que mi vida sea más fácil en todos los sentidos. Nunca me ha faltado un plato de comida en la mesa. Se han portado muy bien conmigo, siempre he tenido su apoyo incondicional, su respaldo. Me han aconsejado, ayudado en mis decisiones. Sin duda, han hecho que estos tres años que llevo aquí hayan sido de los más felices que he tenido.

Además, la relación con mis primos también es inmejorable. Mi prima Graciela es como la hermana que nunca tuve. Siempre hablamos de nuestras cosas, solo nos llevamos cuatro años de diferencia. Ella es algo menor, pero tenemos amigos en común y aunque su carácter sea algo más cerrado que el mío, siempre encontramos cosas de las que hablar cuando estamos juntas. Mi primo José es entrañable, un niño divertido sin malas intenciones. Qué voy a decir de él, apenas lo conocía cuando llegué y al volverlo a ver me llevé una gran ilusión.

Juntamente con mi abuela, mis tíos se han convertido en las personas más importantes en mi vida. Ya lo eran antes, en Honduras siempre estuvieron a mi lado siguiendo de cerca mis pasos. Cuando los necesitaba siempre estaban ahí. Sabían que solo era una niña, que mis padres no iban a cuidar de mí, tampoco a darme buenos principios y valores.

Jamás olvidaré esa vez que mi madre montó una fiesta en casa. Había invitado a personas de su condición, armaron mucho jaleo. Mi madre me encerró con llave en mi habitación, eran las tantas de la madrugada y no podía conciliar el sueño. A mis cinco años de edad tenía las emociones a flor de piel y algunos de los portazos que se escuchaban me hacían temblar de miedo. De pronto, alguien quiso abrir la puerta. Me dio la sensación de que

la estaban forzando. Y así fue, apareció un hombre desgreñado, tenía los ojos rojos y un gran anillo anclado en el cartílago de la nariz. A medida que se acercaba me daba cuenta de que su aliento apestaba a alcohol. Me agarró con fuerza con sus bíceps fibrados, llenos de tatuajes, y me empujó hacia él. Comencé a gritar, me estaba haciendo daño y no parecía que quisiera parar en ningún momento. Se arrodilló encima de la cama en la que yo estaba tumbada y me cogió de la cintura mientas me decía que era una niñata y que me iba a follar. Palabras que recordaré siempre. Necesitaba un milagro para que ese drogadicto de mierda no me violara y me dejara ahí tirada como si nada hubiera pasado, destrozándome la vida y viviendo con un recuerdo que no sé si iba a superar. Levanté una mirada esperanzadora buscando a alguien que me salvara y allí estaba mi ángel de la guarda: era mi tía María, mi salvadora. Ella sabía que mi madre volvería a hacer de las suyas, le había comentado que haría una cena y luego una reunión de amigos, y que sobre las once de la noche ya se habrían ido todos.

Mi tía no la creyó, estaba convencida de que mi madre volvía a mentir, por eso decidió ir a buscarme, ese ambiente no me convenía. Cuando llegó no tuvo demasiados problemas para acceder a la casa. La puerta estaba entreabierta y el acceso era libre para quien quisiera entrar. No se necesitaba invitación. Me dijo que, cuando accedió, lo primero que vio fue a un hombre esnifando cocaína en la mesa baja del pasillo, cerca del recibidor. Ni siquiera entró dentro, donde estaban todos para colocarse. Al ver eso se imaginó lo peor y comenzó a buscarme por la casa, sin éxito. Hasta que se le ocurrió la idea de que podría estar en mi habitación y subió las escaleras corriendo como si no hubiera un mañana. Allí me encontró en las garras de ese hombre perturbador. Asustada cogió el teléfono y lo amenazó con llamar a la policía. Él ni se inmutaba, probablemente por todo lo que llevaba en el cuerpo no era capaz de ver ni escuchar. Mi tía, fruto de la desesperación

e impotencia, lo cogió de los hombros y tiró de él para que me soltara. Cuando este se dio cuenta de que mi tía estaba detrás de él se levantó y se fue abajo con los demás. A saber lo que hubiera pasado conmigo si ella no apareciera en el momento oportuno.

Siempre lo recuerda como si fuese ayer y me lo cuenta detenidamente. Fue una experiencia que me marcó bastante durante mi infancia y que me hizo vivir con miedo. Me costaba quedarme sola con los hombres, incluso con mi tío. Poco a poco lo fui superando, mi abuela me ayudó mucho con sus reflexiones y consejos. Siempre me decía que hay más personas buenas que malas. Las personas malas no suelen aparecer en nuestras vidas, sino las buenas, y eso me hacía estar mejor cuando todavía era pequeña para afrontar semejante suceso.